

sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto: mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadisés, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento se dé á entender, que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

 CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BUENO está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitiéron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de qualquier estado y condicion que sean; habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero

hizo, ó caballeros hicieron (1)? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz trístísima, que dice: *tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los*

(1) Siguió Don Quixote el dictamen de aquel buen sacerdote, de quien cuenta Melchor Cano que no podía darse á entender que fuesen falsos ni apócrifos los libros, que se imprimian con las licencias necesarias; y así tenia por verdaderas las patrañas de Amadis de Gaula. (*De Locis*: lib. XI. cap. VI.)

siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yacen? ¿y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su Señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece, que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá ve otra á lo brutesco ordena-

da, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal lúciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¡hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el serviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar, como su

madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos ménos, dicen que suele valer una ciudad y aun mas? ¿Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Que, el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? ¿Que, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Que, verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Que, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba de alargar la mano? ¿Qual será oír la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quien la canta ni adonde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella, que ninguna

de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarle mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á qualquiera que la leyere: y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre

está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dixo: trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese Condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle: y quando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los Estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625

no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el Señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé, que tan presto tuviese yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi Estado, como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el Estado venga, y á Dios y veámonos, como dixo un ciego á otro. No (z) son malas filosofías esas, como

como tú dices, Sancho (1), pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Á lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el exemplo que me dá el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigo de los concertados (AA) disparates que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el Condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentáron, y comieron allí porque el boyero no perdiere la

(1) Dixo el Canonigo.

comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante viéron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dixo: ha cerrera, cerrera, manchada, manchada; y como andais vos estos dias de pie coxo? ¿que lobos os espantan, hija? ¿no me diréis que es esto, hermosa? Mas que puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, aloménos estaréis mas (BB) segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y desca-



minada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento diéron las palabras del cabrero á los que las oyéron, especialmente al Canónigo, que le dixo: por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dixo: no querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rústico soy; pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. Aloménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y

para que creais esta verdad y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. Á esto respondió Don Quixote: por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oído decir á mi señor Don Quixote, que el escudero de caballero andante ha de comer quando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá

quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la daremos todos á las nuestras, dixo el Canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el qual comenzó su historia desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.

TRES leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donayre y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se

comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas: ¿que digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien diéron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mesmo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mesmas partes la pidió tambien otro del mesmo pueblo, que fué causa de suspender

y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinó decirselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiéndole, que pues los dos éramos iguales, era bien dexar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrámbos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa (cc), hijo de un pobre labrador del mesmo Lugar, el qual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser sol-

gado. Llevóle de nuestro Lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dices de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la mesma malicia, lo notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara, que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte (dd) plumages: y no parezca impertinencia y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debaxo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el Orbe que no hubiese visto, ni

batalla donde no se hubiese hallado : habia muerto mas Moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego Garcia de Parédes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros y faciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mesmo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos, que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Lean-

dra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las bazañas que él de sí mesmo habia referido, y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél, ántes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella tenía cumplido, habiendo dexado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la Justicia, lós quadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñá-

ronse los bosques y quanto habia, y al cabo de tres dias halláron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dexase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa (*) ciu-

(*) Este parece ser un yerro de imprenta: *vistosa* diria sin duda ninguna en el manuscrito del autor, y no *viciosa*; visto que la diferencia ortográfica entre estas dos voces no está mas que en dos letras; y que en quanto á la significacion de ellas, mas propia le es á la ciudad de Nápoles la del adjetivo *vistosa* que la del segundo. Ademas de esto, no es creíble de la sinceridad, moderacion y rectitud de Cervantes, se hubiese servido de un nombre injurioso para calificar una ciudad, qualquiera que fuese, y mucho menos Nápoles, que entonces pertenecia á la España, y estaba gobernado por su protector el conde de Lemos. Tampoco es creíble del buen gusto y critica de nuestro autor, emplease el adjetivo *vicioso* con un nombre propio de ciudad, con quien absolutamente no puede ir, pues que jamas se dice, *Madrid es vicioso*, *Sevilla es viciosa*, etc.; ni menos que le pusiese en la boca de Vicente de la Rosa, para seducir á una doncella de rara *discrecion* y *virtud*, como el mismo autor dice mas arriba; pues es claro que si esta doncella era qual la pinta el cabrero, no

dad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creído, y robando á su padre, se le entregó la mesma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien, como el soldado, sin quitarle su honor, le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueva y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas véras, que fuéron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dexado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Lean-

hubiera jamas seguido á su amante, viendo la queria llevar á una ciudad *viciosa*, á pesar de la palabra de ser su esposo que le habia dado. ¡ Cosa bien extraña es que en ninguna de las ediciones del Don Quixote hasta aquí hechas se haya corregido este yerro de imprenta, y que se le haya hecho decir á Cervantes una cosa tan agena de su caracter modesto, pacifico y comedido! — (Nota del editor.)

dra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirviéron de disculpa de su culpa, aloménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyéron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedáron los ojos de Anselmo ciegos, aloménos sin tener cosa que mirar, que contento les diese, los míos en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dexar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de ca-

bras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas, ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mesmo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está (EE) colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta, aquel la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamenta y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni már-

gen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones (ff) que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixé á esta cabra, quando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es

es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo, que habia dicho muy bien el Cura, en